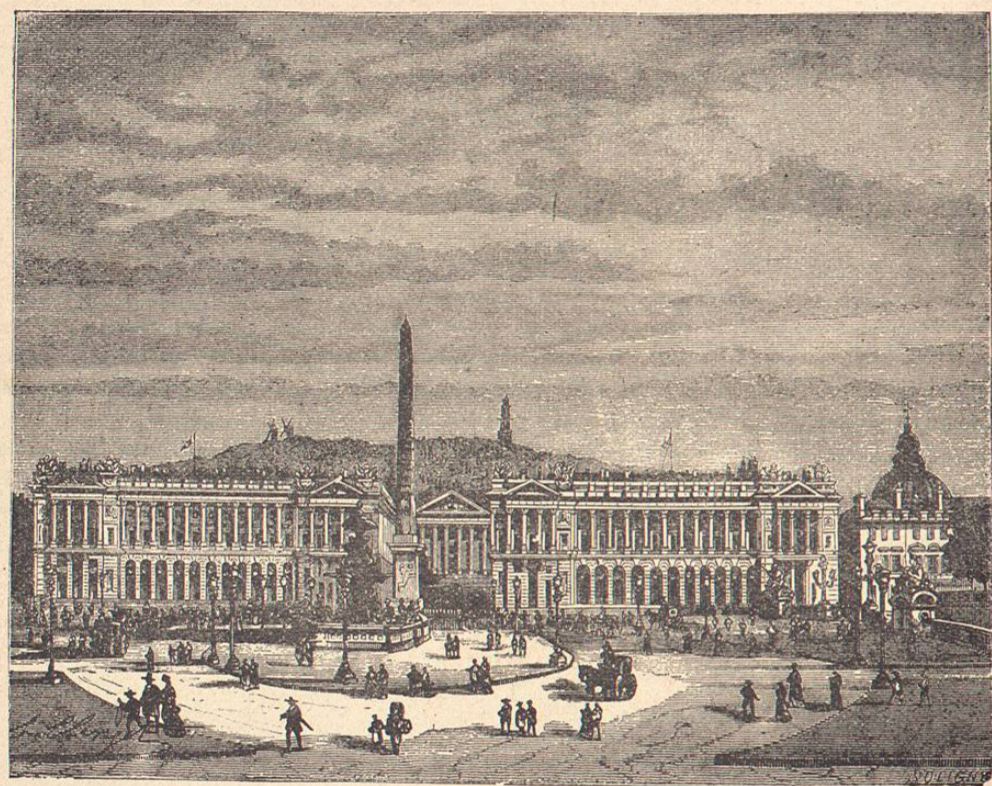


civiles á que están sujetos los matrimonios, los testamentos, las sucesiones, los contratos, las propiedades y las personas, reglas extravagantes y á veces contradictorias ¿quién las autoriza? En primer lugar la costumbre inmemorial distinta según las provincias, el título de las tierras, la cualidad y la condición del individuo; después, la voluntad del rey que mandó escribir y sancionar la costumbre. A esta mis-

ma voluntad, á esta soberanía del príncipe, á este primer poder público ¿quién los autoriza? Primeramente una posesión de ocho siglos, un derecho hereditario semejante á aquel en virtud del cual cada uno goza de su dominio y de su tierra, una propiedad establecida en una familia y transmitida de heredero en heredero desde el primer fundador del Estado hasta su último sucesor viviente; luego la re-



París.—Plaza de la Concordia (antes Luís XV).—El guarda mueble y el Ministerio de Marina

ligión que manda á los hombres se sometan á los poderes establecidos. Esta religión, en fin, ¿quién la autoriza? En primer lugar una tradición de diez y ocho siglos, la inmensa serie de testimonios anteriores y acordes, la creencia continuada de las sesenta generaciones precedentes; después, en su origen; la presencia y las instrucciones de Jesucristo, luego más allá, desde el origen del mundo, el mandamiento y la palabra de Dios. Así, en todo el orden social y moral, el pasado justifica el presente; la antigüedad sirve de título, y si por debajo de estos basamentos consolidados por las edades, se busca en las profundidades subterráneas, la última piedra fundamental, se la encuentra en la voluntad divina. Durante todo el siglo XVII, esta teoría subsiste aún en el fondo de todas las almas en forma de costumbre fija y de respeto innato; no se la somete á examen. Se está ante ella como ante el corazón vivo del organismo huma-

no; en el momento de poner mano en él, se retrocede, conócese vagamente que de tocarlo, quizá dejara de latir. Los más independientes, y al frente de ellos Descartes, «sentirían profundamente» que se les confundiera con esos especuladores quiméricos, que en vez de seguir la carretera real abierta por el uso, se lanzan á ciegas y en línea recta «á través de las montañas y de los precipicios.» Cuando entregan sus creencias á las dudas del método, no sólo escéptúan y ponen á parte como en un santuario «las verdades de la fe» como se dice en el *Discurso del método*, sino que hasta el dogma que creen haber descartado, mora en su espíritu de una manera eficaz y latente para llevarles á su albedrío y hacer de su filosofía una preparación ó una confirmación del cristianismo. Cosa que puede verse en Descartes desde el segundo paso que da en la teoría del espíritu puro, idea de Dios, prueba de su existencia, ve-

racidad de nuestra inteligencia probada por la veracidad de Dios, etc. En resumen, en el siglo XVII, lo que sugiere las ideas generales ó madres es la fe, es la práctica, es el establecimiento religioso y político. Ya lo confiese ó ya lo ignore, la razón no es más que un subalterno, un orador, un obrero al que la religión y la monarquía hacen trabajar á sus órdenes. Excepción hecha de Lafontaine que en esto como en lo demás creo que es único, los más grandes y los más independientes, Pascal, Descartes, Bossuet, Labruyère, toman del régimen establecido

su concepto primero de la naturaleza, del hombre de la sociedad, del derecho, del gobierno. (1)

Mientras la razón se ciñe á este oficio, su obra es la de un consejero de Estado, de un predicador extraordinario que mandan como misionero sus superiores al departamento de la filosofía y la literatura. Lejos de destruir consolida; y en efecto, hasta la re-gencia, su principal ocupación consiste en hacer buenos cristianos y vasallos fieles.

Pero hé aquí que se truecan los papeles; desde la primera categoría la tradición desciende á la segun-



MONTLOSIER

da y de la segunda, sube la razón á la primera. Por una parte, la religión y la monarquía con sus excesos y sin razones en tiempo de Luís XIV, con su relajamiento y su insuficiencia, en tiempo de Luís XV derriban piedra á piedra el fondo de veneración hereditaria, y la obediencia filial que les servía de base y les sostenía en una región superior, por encima de toda discusión y de todo examen; por eso, de una manera insensible, la autoridad de la tradición decrece y desaparece. Por otra parte la ciencia con sus grandiosos y multiplicados descubrimientos, construye piedra tras piedra el fondo de confianza y diferencia universales que del estado de curiosidad interesante, la levanta á la categoría de poder público; de esta manera, gradualmente, la autoridad de la razón crece y lo invade todo. Llega un instante en que habiendo la segunda autoridad despojado á la primera, las ideas madres ó generales que la tradición se reservaba caen en poder de la razón. El

examen penetra en el santuario prohibido. En vez de inclinarse se comprueba, y la religión, el Estado, la ley, la costumbre, en una palabra, todos los órganos de la vida moral y de la vida práctica, van á someterse al análisis, para conservarse, rectificarse ó reemplazarse según la nueva doctrina prescriba.

## II

Nada mejor si la doctrina hubiese sido completa, y si la razón, instruída por la historia, convertida en crítica, se hubiese hallado en estado de comprender á la rival que reemplazaba. Porque entonces, en

(1) Pascal, *Pensamientos* (sobre el origen de la propiedad y de las clases) *Provinciales*, (sobre el homicidio y el derecho de matar).—Nicole, *Segundo tratado de la caridad y del amor propio* (sobre el hombre natural y el objeto de la sociedad) Bossuet, (*Política sacada de la Sagrada Escritura*). Labruyere, (de las almas fuertes).

vez de hallar en ella una usurpadora que era necesario expulsar, hubiera en la misma reconocido una hermana mayor cuya parte debe ser respetada. La preocupación hereditaria es una especie de razón ignorada; tiene sus títulos, lo propio que la razón misma, pero no sabe encontrarlos; en lugar de los legítimos, alega los apócrifos. Sus archivos están enterrados; para desenterrarlos hay que apelar á indagaciones de que ella no es capaz; subsisten, no obstante, y hoy los da á luz la historia. Cuando se la mira de cerca, se ve que, como la ciencia, tiene por origen una prolongada acumulación de experiencias; los hombres, tras una multitud de tanteos y ensayos, acabaron por averiguar que tal manera de vivir ó de pensar era la única acomodada á su situación, la más practicable de todas, la más bienhechora; y el régimen ó dogma que hoy nos parece un convenio arbitrario fué, en un principio, un expediente probado de salvación pública. Hasta lo es aún muchas veces, ó, cuando menos, en sus grandes contornos, es indispensable, y puede decirse con certeza que si desaparecieran repentinamente en una sociedad las principales preocupaciones, el hombre, privado del precioso legado transmitido por la ciencia de los siglos, se sumiría de pronto en el salvajismo y volvería á ser lo que en un principio, esto es, un lobo inquieto, hambriento, vagamundo y perseguido. Tiempo hubo en que esta herencia faltaba, y aún hoy hay pueblos en que falta completamente, como puede verse en el *Origen de la civilización*, de John Lubbock, y en los *Orígenes de la familia*, de Giraud Teulon. No comer carne humana, no matar á los viejos inútiles é incómodos, no exponer, vender ó matar los hijos de que no sabe qué hacerse, ser el marido único de una sola mujer, tener horror al incesto y á las costumbres contrarias á la naturaleza, ser el propietario único y reconocido de una pieza de tierra determinada, atender las voces superiores del pudor, de la humanidad, del honor, de la conciencia; todas estas prácticas, antiguamente desconocidas y establecidas lentamente, componen la civilización de las almas. Porque las aceptemos confiadamente, no por ello son menos sagradas, y no hacen sino volverse más sagradas cuando sometidas al examen y observadas á través de la historia, se nos revelan como la fuerza secreta que de una manada de brutos hicieron una sociedad de hombres.

En general, cuanto más universal y antigua es una costumbre, más cimentada se halla en causas profundas, causas de psicología, de higiene, de previsión social. A veces, como en la separación de

castas, se necesita conservar pura una raza heroica ó pensadora, evitando los cruzamientos por los cuales una sangre inferior le llevaría la debilidad mental ó los bajos instintos (1).

A veces, como en la prohibición de licores ó carnes, es necesario acomodarse al clima que prescribía un régimen vegetal ó el temperamento de la raza para la cual eran funestas las bebidas fuertes (2).

A veces, como en la institución del derecho de primogenitura, se necesitaba hacer y designar por adelantado al jefe militar á quien la partida obedeciera, ó al jefe civil que conservara el dominio, dirigiera su explotación y mantuviera á la familia (3).

Si hay razones válidas para legitimar la costumbre, las hay superiores para consagrar la religión. Considéresela, no en general y por una vaga noción, sino en su parte viva, en su nacimiento, en los textos, tomando por ejemplo una de las que hoy imperan en el mundo, el cristianismo, el brahmanismo, la religión de Mahoma ó de Budha. En determinados momentos críticos de la historia, hombres salidos de su insignificante vida, mezquina y rutinaria, hanse apoderado del universo infinito con una mirada general; la augusta frente de la naturaleza eterna se ha descubierto de pronto; en su emoción sublime, les ha parecido que distinguían su principio; al menos vieron de él algunas líneas. Y, por una admirable coincidencia, estas líneas eran precisamente las únicas que su siglo, su raza, un grupo de razas, un fragmento de la humanidad, se halló en estado de comprender. Su punto de vista era el único en que podían colocarse las muchedumbres bajo ellos situadas. Para millones de hombres, para centenares de generaciones, no había acceso á la divinidad sino por su camino. Ellos pronunciaron la palabra única, heroica ó tierna, entusiasta ó soporífera, la única palabra que á su alrededor y, según ellos, el corazón y el espíritu quisieran oír; la única que estuviera adaptada á necesidades profundas, á aspiraciones acumuladas, á facultades hereditarias, á toda una estructura mental y moral; allá, á lo lejos, la del indio ó del mogol, aquí la del semita ó del europeo, en nuestra Europa la del germano, del latino ó del eslavo; de manera que sus contradicciones, en vez de condenarla, la justifican, por-

(1) Principio de las castas en la India; contraste de los arianos y aborígenas, sudras y parias.

(2) Según este principio, en las islas Hawaii, los habitantes han establecido una ley que prohíbe vender bebidas espirituosas á los indígenas al paso que permite su venta á los europeos.

(3) Cf. Leplay. *De la organización de la familia* (*Historia de una heredad en el Pirineo*).

que su diversidad produce su adaptación y ésta sus beneficios. Esta palabra no es una fórmula escueta. Un sentimiento tan grandioso, una adivinación tan comprensiva y penetrante, un pensamiento con el cual el hombre, abarcando la inmensidad y la profundidad de las cosas, traspasa á tal extremo los ordinarios límites de su condición mortal, parece á una iluminación; se cambia fácilmente en visión, no está nunca lejos del éxtasis, no puede expresarse sino por medio de símbolos; evoca las figuras divinas (1).

La religión es, por naturaleza, un poema metafísico, unido á una creencia. En este concepto, es eficaz y popular; porque, excepción hecha de un grupo escogido imperceptible, una idea pura no es más que una palabra vacía, y la verdad, para hacerse sensible, necesita revestir un cuerpo. Ha menester de un culto, de una leyenda y de ceremonias, para hablar al pueblo, á las mujeres, á los niños, á los ingenuos, á todos los hombres, empeñados en la vida práctica, al mismo espíritu humano cuyas ideas se traducen involuntariamente por imágenes. Merced á esta forma palpable, puede echar su enorme peso en la conciencia, contrabalancear el egoísmo natural, limitar el loco impulso de las pasiones brutales, arrastrar la voluntad á la abnegación y al sacrificio, robar el hombre á sí mismo para someterlo enteramente al servicio de la verdad ó al servicio de otro, formar ascetas y mártires, hermanas de caridad y misioneros. Por eso en toda sociedad la religión es un órgano precioso y natural al mismo tiempo. Por una parte, los hombres necesitan de ella para pensar en el infinito y para vivir tranquilos; si de pronto faltara, quedaría en su alma un vacío grande y doloroso, y se perjudicarían más unos á otros. Por otra parte, en vano se intentaría arrancarla; las manos que á ello se pusieran, no alcanzarían más que su superficie; volvería á brotar, tras una operación sangrienta; su germen es sobrado profundo para que se le pueda estirpar. Si, finalmente, después de la religión y la costumbre miramos al Estado, esto es, al poder armado, que tiene la fuerza física al propio tiempo que la autoridad moral, encontramos que mana de una fuente casi tan noble como las otras. En Europa, por lo menos desde Rusia á Portugal y desde Noruega á las dos Sicilias, es por su origen y por su esencia una institución militar cuyo heroísmo se ha hecho el campeón del derecho. En todas partes, entre el caos de

(1) Véanse particularmente en la literatura brahmánica los grandes poemas metafísicos y los Puranas.

las razas cruzadas y de las sociedades ruinosas, se ha encontrado un hombre que por su ascendiente ha reunido en torno suyo un grupo de fieles, echado á los extranjeros, sojuzgado los bandidos, restablecido la seguridad, restaurado la agricultura, fundado la patria y transmitido á sus descendientes como una propiedad su empleo de justicia hereditario y general nato. En virtud de esta delegación permanente, queda sustraído á toda competencia un elevado cargo público, fijado en una familia y depositado en manos seguras; desde este momento, tiene la nación un centro vivo y todos los derechos una protección visible. Si el príncipe se circunscribe á sus atribuciones, si sabe contenerse en la pendiente de la arbitrariedad, si no cae en el egoísmo, proporciona al país uno de los mejores gobiernos que en el mundo se conocen, no sólo el más estable, el más capaz de sucesión, el más propio para conservar unidos á veinte ó treinta millones de hombres, si que también uno de los más bellos, porque la abnegación ennoblece en él, el mando y la obediencia, y porque gracias á una extensión de la tradición militar, la fidelidad y el honor unen gradualmente al jefe con su deber y al soldado con su jefe.

Tales son los muy válidos títulos de la preocupación ó prejuicio hereditarios; se ve que, como el instinto, es una forma ciega de la razón. Y acaba de legitimarla el que, para ser eficaz, la misma razón le ha de prestar su forma. Una doctrina no se hace efectiva sino cuando se hace ciega. Para que entre en la práctica, para apoderarse de la dirección de las almas, para transformarse en un impulso de acción es necesario el que se precipite en los espíritus en estado de creencia formada, de costumbres adoptadas, de inclinación establecida, de tradición doméstica, y que, desde las agitadas alturas de la inteligencia, baje y se incruste en las profundidades inmóviles de la voluntad; sólo entonces es cuando forma parte del carácter y se convierte en fuerza social. Pero al mismo tiempo deja de ser crítica y de ser previsor; ya no tolera las contradicciones ni la duda, ya no admite restricciones ni matices, ya no conoce ó aprecia más sus pruebas. Nosotros creemos hoy en el progreso indefinido, á corta diferencia, como se creía antiguamente en el pecado original; todavía recibimos de lo alto nuestras opiniones ya formadas, y la Academia de ciencias ocupa, bajo muchos aspectos, el mismo lugar que antes nuestros antiguos concilios. Excepción hecha de algunos sabios especialistas, siempre la creencia y la obediencia serán irreflexivas, y la razón se indignará sin motivo, de que la preocupación dirija los